

saben que aquellos que sufren sus desaires son los primeros que abominan su inurbana conducta y maldicen sus *altísimas* personas en los cafés, calles y tertulias, sin descuidarse en indagar sus cunas y los modos acaso vergonzosos con que lograron entronizarse.

Me he alargado, señores; mas ustedes bien reflexionarán que yo sé conciliar la gravedad conveniente á un amo, ó sea el superior que fuere, con la afabilidad y el trato humano debido á todos los hombres; y usted, español, advertirá que unas son las leyes de la sociedad y otras las preocupaciones de la soberbia; que por lo que toca al *doble derecho* que usted dijo que tienen los amos de los negros para mandarlos, no digo nada, porque creo que lo dijo por mero pasatiempo; pues no puede ignorar que no hay derecho divino ni humano que califique de justo el comerciar con la sangre de los hombres.

Diciendo esto, se levantó nuestro negro y sin exigir respuesta á lo que no la tenía, brindó con nosotros por última vez, y abrazándonos y ofreciéndonos todos recíprocamente nuestras personas y amistad, nos retiramos á nuestras casas.

Algunos días después tuve la satisfacción de verme á ratos con mis dos amigos el oficial y el negro, llevándolos á casa del coronel, quien les hacía mucho agasajo; pero duró poco esta satisfacción, porque al mes del suceso referido se hicieron á la vela para Londres.

PERIQUILLO SARNIENTO.

Tomo III. Capítulo III.

En el que nuestro Perico cuenta cómo concluyó el cura su sermón; la mala mano que tuvo en una peste y el endiablado modo con que salió del pueblo, tratándose en dicho capítulo, por vía de intermedio, algunas materias curiosas.

No se crea, señores, continuó el cura, que yo trato de poner á los médicos en mal. La medicina es un arte celestial de que Dios proveyó al hombre: sus dignos profesores son acreedores á nuestras honras y alabanzas; pero cuando estos no son tales como deben ser, los vituperios cargan sobre su ineptitud y su interés, no sobre la utilidad y necesidad de la medicina y sus sabios profesores. El médico docto, aplicado y caritativo es recomendable; pero el necio, el venal y que se acogió á esta facultad para buscar la vida, por no tener fuerzas para dedicarse al *mecapal* es un hombre odioso y digno de reputarse por un asesino del género humano con licencia, aunque involuntaria del Protomedicato.

A médicos como estos desterraron de muchas provincias de Roma y otras partes, como si fueran pestes, y en efecto, no hay en un pueblo peste peor que un mal médico. Mejor sería muchas veces dejar al enfermo en las sabias manos de la naturaleza que encomendarlo á las de un médico tonto é interesable.

—Pero yo no soy de esos, dije yo algo avergonzado, porque todos me miraban y se sonrieron.—Ni yo lo digo por usted, respondió el cura, ni por Sancho, Pedro ni Martín; mi crítica no determina persona, ni jamás acostumbro tirar á ventana señalada. Hablo en común y sólo contra los malos médicos, empíricos y charlatanes, que abusan de un arte tan precioso y necesario de que nos proveyó el Autor de la naturaleza

para el socorro de nuestras dolencias. Si usted ó alguno otro que oiga hablar de esta manera se persuade á que se dice por él, será señal de que su conciencia lo acusa, y entonces, amigo, al que le venga el saco que se lo ponga en hora buena. Bien es verdad que eso mismo que usted dice, de que no es de esos, lo dicen todos los *chambones* de todas las facultades, y no por eso dejan de serlo.

—Pues, no señor, le interrumpí, yo no soy de esos; yo sé mi obligación y estoy examinado y aprobado *nemine discrepante*, con todos los votos, por el real Protomedicato de México; no ignoro que las partes de la medicina son: Fisiología, Patología, Semeiótica y Terapéutica; sé la estructura del cuerpo humano; cuáles se llaman fluidos, cuáles sólidos; sé lo que son huesos y cartílagos; cuál es el cráneo, y que se compone de ocho partes; sé cuál es el huesooccipital, la duramáter y el frontis; sé el número de las costillas, cuál es el esternón, los omóplatos; el cóxis, las tibias; sé qué cosa son los intestinos, las venas, los nervios, los músculos, las arterias, el tejido celular y el epidermis; sé cuántos y cuáles son los humores del hombre, como la sangre, la bilis, la flema, el chilo y el gástrico; sé lo que es la linfa y los espíritus animales y cómo obran en el cuerpo sano y cómo en el enfermo; conozco las enfermedades con sus propios y legítimos nombres griegos, como la ascitis, la anasarca, la hidrofobia, el saratán, la pleuresía, el mal venéreo, la clorosis, la caquexia, la podagra, el parafrenitis, el priapismo, el paroxismo, y otras mil enfermedades que el necio vulgo llama hidropesía, rabia, gálico, dolor de costado, gota y demás simplezas que acostumbra; conozco la virtud de los remedios sin necesitar saber cómo los hacen los boticarios y los químicos; los simples de que se componen y el modo como obran en el cuerpo humano, y así sé los que son febrífugos, astringentes, antiespasmódicos, aromáticos, diuréticos, errinos, narcóticos,

pectorales, purgantes, diaforéticos, vulnerarios, anti-venéreos, emotoicos, estimulantes, vermífugos, laxantes, cáusticos y anticólicos; sé...—Ya está, señor doctor, decía el cura muy apurado, ya está, por amor de Dios, que eso es mucho saber, y yo maldito lo que entiendo de cuanto ha dicho. Me parece que he estado oyendo hablar á Hipócrates en su idioma; pero lo cierto es que con tanto saber despachó én cuatro días á la pobre vieja hidrópica tía Petronila, que algunos años hace vivía con su *lay! lay!* antes que usted viniera, y después qua usted vino le aligeró el paso á fuerza de purgantes muchos, muy acres y en excesivas dosis, lo que me pareció una herejía médica, pues la debilidad en un viejo es cabalmente un contraindicante de purgas y sangrías. Motivo fué éste para que el otro pobre gotoso ó reumático no quisiera que usted acabara de matarlo.

Con tanto saber, amigo, usted me va despoblando la feligresía sin sentir, pues desde que está aquí he advertido que las cuentas de mi parroquia han subido un cincuenta por ciento; y aunque otro cura más interesante que yo daría á usted las gracias por la multitud de muertos que despacha, yo no, amigo: porque amo mucho á mis feligreses, y conozco que á dura tiempo, usted me quita de cura, pues acabada que sea la gente del pueblo y sus visitas, yo seré cura de casas vacías y campos incultos. Conque vea usted cuánto sabe, pues aun resultándome interés, me pesa de su saber.

Riéronse todos á carcajadas con la ironía del cura, y yo, incómodo de esto, le dije ardiéndome las orejas:

—Señor cura, para hablar es menester pensar y tener instrucción en lo que se habla. Los casos que usted me ha recordado por burla son comunes; á cada paso acaece que el más ruin enfermo se le muere al mejor medico. ¿Pues qué, piensa usted que los médicos son dioses que han de llevar la vida á los enfer-

mos? Ovidio, en el libro primero del Ponto, dice: «que no siempre está en las manos del médico que el enfermo sane, y que muchas veces el mal vence á la medicina.»

*Non est in medico semper releuetur ut aeger;
Interdum docta plus valet arte malum.*

El mismo dice que «hay enfermedades incurables que no sanarán si el propio Esculapio les aplica la medicina,» y harán resistencia á las aguas termales más específicas, tales como aquí las aguas del Peñón ó Atotonilco, y una de estas enfermedades es la epilepsia. Oiga ustedes sus palabras:

*Afferat ipse licet sacras Epidaurius herbas,
Sanavit nulla vulnere cordis ope.*

En vista de esto, admírese usted, señor cura, de que se me mueran algunos enfermos, cuando á los mejores médicos se les mueren. No faltaba más sino que los hombres quisieran ser inmortales con sólo llamar al médico.

Que el viejo gotoso no quisiera continuar conmigo, nada prueba sino que conoció que su enfermedad es incurable, pues, como dijo Ovidio, *loco citado*, la gota no la cura la medicina,

Tollere nodosam nescit medicina podagram.

—Yo soy el loco, dijo el cura, y el majadero y el mentecato en querer conferenciar con usted de estas cosas.

—Usted dice muy bien, señor licenciado, dije yo, si lo dice con sinceridad. En efecto, no hay mayor locura que disputar sobre lo que no se entiende. *Quod medicorum est promittunt medici, tractant fabrilis fabri*, decía Horacio en la epístola I, del libro I. Señor cura, dispute cada uno de lo que sepa, hable de su profesión y no se metá en lo que no entiende, acordándose de

que el teólogo hablará bien de Teología, el canonista de cánones, el médico de medicina, los artesanos de lo tocante á su oficio, el piloto de los vientos, el labrador de los bueyes, y así todos.

Navita de ventis, de bobus narret arator.

Se acabó de incomodar el cura con esta impolítica reprensión, y parándose del asiento, alzándose el birrete y dando una palmada en la mesa, me dijo:

—Poco á poco, señor doctor, ó señor charlatán; advierta usted con quién habla, en qué parte, cómo y delante de qué personas. ¿Ha pensado usted que soy algún *topile*, ó algún barbaján para que se altere conmigo de ese modo y quiera regañarme como á un muchacho? ¿O cree usted que porque lo he llevado con prudencia me falta razón para tratarlo como quien es, esto es, como á un loco, vano, pedante y sin educación? Sí, señor, no pasa usted de ahí ni pasará en el concepto de los juiciosos, por más latines y más despropósitos que diga.....

El subdelegado y todos, cuando vieron al cura enojado, trataron de serenarlo, y yo, no teniéndolas todas conmigo, porque á las voces salieron todos los indios, que ya habían acabado de comer, le dije muy fruncido:

—Señor cura, usted dispense, que si erré fué por inadvertencia y no por impolítica, pues debía saber que ustedes los señores curas y sacerdotes, siempre tienen razón en lo que dicen y no se les puede disputar; y así lo mejor es callar y “no ponerse con Sansón á las patadas”. *Ne contendas cum potentioribus*, dijo quien siempre ha hablado y hablará verdad.

—Vean á ustedes, decía el cura: si yo no estuviera satisfecho de que el señor doctor habla sin reflexión lo primero que se le viene á la boca, esta era mano de irritarse más; pues lo que da á entender es que los sacerdotes y curas á título de tales, se quieren siempre

salir cuanto hay, lo que ciertamente es un agravio no sólo á mí, sino á todo el respetable clero; pero repito que estoy convencido de su modo de producir, y así es preciso disculparlo y desengañarlo de camino.—Y volviéndose á mí, me dijo.—Amigo, no niego que hay algunos eclesiásticos que á título de tales quieren salirse con cuanto hay, como usted ha dicho; pero es menester considerar que éstos no son todos, sino uno ú otro imprudente que en esto ó en cosas peores manifiestan su poco talento, y acaso vilipendian su carácter; mas este caso, fuera de que no es extraño, pues en cualquiera corporación, por pequeña y lucida que sea, no falta un díscolo, no debe servir de regla para hablar atropelladamente de todo el cuerpo.

Que hay algunos individuos en el mío como los que usted dice, he confesado que es verdad, y añadido que si sostienen ó pretenden sostener un error conociéndolo, sólo porque son padres, hacen mal, y si ultrajan á algún secular, no por un acto primo ni acalorados por alguna grosería que se use con ellos, sino sólo engreídos en que el secular es cristiano y ha de respetar su carácter á lo último, hacen muy mal y son muy reprehensibles, pues deben reflexionar que el carácter no los excusa de la observancia de las leyes que el orden social prescribe á todos.

Usted y los señores que me oyen conocerán por esto que yo no me atengo á mi estado para faltar al respeto á ninguna persona, como bien lo saben los que me han tratado y me conocen. Si me he excedido en algo con usted, dispénseme, pues lo que dije fué provocado por su inadvertida reprensión, y reprensión que no cae sobre yerro alguno; porque yo, cuando hablo alguna cosa, procuro que me quede retaguardía para probar lo que digo; y si no, manos á la obra. Entre varias cosas dije á usted, me acuerdo, que hablaba cosas que no entendía lo que eran (esto se llama pedantismo). Es mi gusto que me haga usted que-

dar mal delante de estos señores, haciéndome favor de explicarnos qué parte de la medicina es la semeiódica; cuál es el humor gástrico ó el pancreático; qué enfermedad es el priapismo; cuáles son las glándulas del mesenterio; qué especies hay de cefalalgias, y qué clase de remedios son los hemotoicos; pero con la advertencia de que yo lo sé bien, y entre mis libros tengo autores que lo explican bellamente, y puedo enseñárselos á estos señores en un minuto; y así usted no se exponga á decir una cosa por otra, fiado en que no lo entiendo, pues aunque no soy médico, he sido muy curioso y me ha gustado leer de todo; en una palabra, he sido aprendiz de todo y oficial de nada. Conque así, vamos á ver: si me responde usted con tino á lo que le pregunto, le doy esta onza de oro para polvos; y si no, me contentaré con que usted confiese que no soy de los clérigos que sostengo una disputa por clérigo, sino por que sé lo que hablo y lo que disputo.

La sangre se me bajó á los talones con la proposición del cura, porque yo maldito lo que entendía de cuanto había dicho, pues solamente aprendí esos nombres bárbaros en casa de mi maestro, fiado en que, con saberlos de memoria y decirlos con garbo, tenía cuanto había menester para ser médico, ó á lo menos para parecerlo; y así no tuve más escape que decirle:—Señor cura, usted me dispense, pero yo no trato de sujetarme á semejante examen; ya el Protomedicato me examinó y me aprobó, como consta de mis certificaciones y documentos.

—Está muy bien, dijo el cura; sólo con que usted se niegue á una cosa tan fácil me doy por satisfecho; pero yo también protesto no sujetarme á los médicos inhábiles ó que siquiera me lo parezcan. Sí, señor; yo seré mi médico, como lo he sido hasta aquí; á lo menos tendré menos embarazos para perdonarme las erradas; y en aquella parte de la medicina que trata de conservar la salud y los facultativos llaman higiene,

me contentaré con observar las reglas que la Escuela Salernitana prescribió á un rey de la Gran Bretaña, á saber: poco vino, cena poca, ejercicio, ningún sueño meridiano, ó lo que llamamos siesta, vientre libre, fuga de cuidados y pesadumbres, menos cóleras; á lo que yo añado algunos baños y medicinas las más simples, cuando son precisas, y cáteme usted sano y gordo como me ve; porque no hay remedio, amigo, yo fuera el primero que me entregara á discreción de cualquier médico, si todos los médicos fueran como debían ser; pero por desgracia apenas se puede distinguir el buen médico del necio empírico y del curandero charlatán.

Todas las ciencias abundan en charlatanes; pero más que ninguna la medicina. Un lego no se atreverá á predicar en un púlpito, á resolver un caso de conciencia en un confesionario, á defender un pleito en una audiencia; pero ¡qué digo! ¿Quién se atreverá sin ser sastre á cortar una casaca, ni sin ser zapatero á trazar unos zapatos? Nadie seguramente; pero para ordenar un medicamento ¿quién se detiene? Nadie tampoco. El teólogo, el canonista, el legista, el astrónomo, el sastre, el zapatero y todos somos médicos la vez que nos toca. Sí, amigo; todos mandamos nuestros remedios á Dios te la depare buena, sin saber lo que mandamos, sólo porque los hemos visto mandar, ó porque nos hemos aliviado con ellos, sin advertir cuánto dista la naturaleza de unos á la de otros; sin saber los contraindicantes, y sin conocer que el remedio que lo fué para Juan, es veneno para Pedro. Supongamos: en algunos géneros de apoplejías es necesaria y provechosa la sangría; pero en otros no se puede aplicar sin riesgo, verbigracia, en una apoplética embarazada, pues es casi necesario el aborto.

El que no es médico no percibe estos inconvenientes; obra atolondrado y mata con buena intención. No en balde las leyes de Indias prohíben con tanto empeño el ejercicio del empirismo. Lea usted, si gusta,

las 4 y 5 del libro 5 título 6 de la Recopilación, que también hablan de lo mismo; y aun médicos sabios, tales como Mr. Tissot en su *Aviso al pueblo*, declaman altamente contra los charlatanes.

Yo deseara que aquí se observara el método que se observa en muchas provincias del Asia con los médicos, y es, que éstos han de visitar á los enfermos, han de hacer y costear las medicinas y las han de aplicar. Si éste sana, le pagan al médico su trabajo, según el ajuste; pero si se muere, se va el médico á buscar perros que espulgar.

Esta bella providencia produce los buenos efectos que le son consiguientes, como es que los médicos se apliquen y estudien, y que sean á un tiempo médicos, cirujanos, químicos, botánicos y enfermeros.

Y no me arrugue usted las cejas, me decía el cura sonriéndose; algo ha habido en nuestra España que se parezca á esto. En el título de los físicos y los enfermos, entre las leyes del Fuero Juzgo, se lee una en el libro II, que dice: que el físico, esto es, el médico, capitule con los enfermos lo que le han de dar por la cura, y que si los cura le paguen, y si en vez de curar los empeora con sangrías (se debe entender que con otro cualquier error), que él pague los daños que causó. Y si se muere el enfermo, siendo libre, quede el médico á discreción de los herederos del difunto; y si éste era esclavo, le dé á su señor otro de igual valor que el muerto.

Yo conozco que esta ley tiene algo de violenta, porque ¿quién puede probar en regla el error de un médico, sino otro médico? ¿Y qué médico no haría por su compañero? Fuera de que el hombre alguna vez ha de morir, y en este caso no era difícil que se le imputara al médico el efecto preciso de la naturaleza, y más si el enfermo era esclavo, pues su amo querría resarcirse de la pérdida á costa del pobre médico; mas estas leyes no están en uso, y sí me parece que lo está la práctica de los asiáticos que me gusta demasiado.

Ya el subdelegado y toda la comitiva estaban incómodos con tanta conversación del cura, y así procuraron cortarla poniendo un monte de dos mil pesos, en el que (para no cansar á ustedes) se me arrancó lo que había achocado, quedándome á un pan pedir.

A la noche estuvieron el baile y el refresco lucidos y espléndidos, según lo permitía el lugar. Yo permanecí allí más de fuerza que de gana, después que se me aclaró, y á las dos de la mañana me fuí á casa, en la que regañé á la cocinera y le dí de pescozones á mi mozo, imitando en esto á muchos amos necios é imprudentes que cuando tienen una cólera ó una pesadumbre en la calle la van á desquitar á sus casas con los pobres criados, y quizá con las mujeres y con las hijas.

Así así, y entre mal y bien, la continué pasando algunos meses más, y una ocasión que me llamaron á visitar á una vieja rica, mujer de un hacendero, que estaba enferma de fiebre, encontré allí al cura, á quien temía como al diablo; pero yo, sin olvidar mi charlatanería, dije que aquello no era cosa de cuidado, y que no estaba en necesidad de disponerse; mas el cura, que ya la había visto y era más médico que yo, me dijo:—Vea usted, la enferma es vieja; padece de fiebre y hace cinco días; está muy gruesa y á veces soporosa; ya delira de cuando en cuando; tiene manchas amoratadas, que ustedes llaman *petequias*; parece que es una fiebre pútrida ó maligna; no hemos de esperar á que *cace moscas* ó esté *in agone*, agonizando, para sacramentarla. A más de que, amigo, ¿cómo podrá el médico descuidarse en este punto tan principal, ni hacer confiar al enfermo en una esperanza fugaz y en una seguridad de que el mismo médico carece? Sépase usted que el Concilio de París del año de 1429 ordena á los médicos que exhorten á los enfermos que están de peligro á que se confiesen antes de darles los remedios corporales, y negarles su asistencia si no se sujetan á

su consejo. El de Tortosa del mismo año prohíbe á los médicos hacer tres visitas seguidas á los enfermos que no se hayan confesado. El Concilio II de Letrán de 1215, en el canon 24, dice: que cuando sean llamados los médicos para los enfermos, deben aquellos, *ante todas cosas*, advertirles se provean de médicos espirituales, para que, habiendo tomado las precauciones necesarias para la salud de su alma, les sean más provechosos los remedios en la curación de su cuerpo.

Esto, amigo, me decía el cura, dice la Iglesia por sus santos concilios. Conque vea usted qué se puede perder en que se confiese y sacramento nuestra enferma, y más hallándose en el estado en que se halla.

Azorado con tantas noticias del cura, le dije:—Señor, usted dice muy bien, que se haga todo lo que usted mande.

En efecto, el sabio párroco aprovechó los preciosos instantes, la confesó y sacramentó, y luego yo entré con mi oficio y le mandé cáusticos, friegas, sinapismos, refrigerantes y matantes, porque á los dos días ya estaba con Jesucristo.

Sin embargo, esta muerte, como las demás, se atribuyó á que era mortal, que estaba de Dios, á la raya, á que le llegó la hora y á otras mentecaterías semejantes, pues ni está de Dios que el médico sea atronado, ni es decreto absoluto, como dicen los teólogos, que el enfermo muera cuando su naturaleza puede resistir al mal con el auxilio de los remedios oportunos; pero yo entonces ni sabía estas teologías ni me tenía cuenta saberlas.

Después he sabido que si le hubiera ministrado á la enferma muchas lavativas emolientes y hubiera cuidado de su dieta y su libre transpiración, acaso probablemente no se hubiera muerto; pero entonces no estudiaba nada, observaba menos la naturaleza y sólo tiraba á estirar el peso, el tostón ó la peseta, según caía el penitente.

Así pasé otros pocos meses más (que por todos serían quince ó diez y seis los que estuve en Tula) hasta que acaeció en aquel pueblo, por mal de mis pecados, una peste del diablo, que jamás supe comprender; porque les acometía á los enfermos una fiebre repentina, acompañada de basca y delirio, y en cuatro ó cinco días tronaban.

Yo leía el Tissot, á Madama Fouquet, á Gregorio López, al Buchan, el Vanegas y cuantos compendistas tenía á la mano; pero nada me valía, los enfermos morían á millaradas.

Por fin, y para colmo de mis desgracias, según el sistema del doctor Purgante, dí en hacer evacuar á los enfermos el humor pecante, y para esto me valí de los purgantes más feroces, y viendo que con ellos sólo morían los pobres extenuados, quise matarlos con cólicos que llaman *misereres*, ó de una vez envenenados.

Para esto les daba más que regulares dosis de tártaro emético, hasta en cantidad de doce granos, oon lo que espiraban los enfermos con terribles ansias.

Por mis pecados, me tocó hacer esta suerte con la señora gobernadora de los indios. Le dí el tártaro, expiró, y al otro día, que iba yo á ver cómo se sentía, hallé la casa inundada de indias é inditos, que todos lloraban á la par.

Fuí entrando tan tonto como sinvergüenza. Es de advertir que por obra de Dios iba en mi mula; pues, no en la mía, sino en la del doctor Purgante; pero ello es que apenas me vieron los dolientes cuando, comenzando por un murmullo de voces, se levantó contra mí tan furioso torbellino de gritos, llamándome ladrón y matador, que ya no me la podía acabar, y más cuando el pueblo todo que allí estaba junto, rompiendo los diques de la moderación y dejándose de lágrimas y vituperios, comenzó á levantar piedras y á disparármelas infinitamente y con gran tino y vocería, diciendo-

me en su lengua: — ¡Maldito seas, médico del diablo, que llevas trazas de acabar con todo el pueblo!

Yo entonces apreté los talones á la *macha* y corrí lo mejor que pude, armado de peluca y de golilla, que nunca me faltaban, por hacerme respetable en todas ocasiones.

Los malvados indios no se olvidaron de mi casa, á la que no le valió el sagrado de estar junto á la del cura, pues después de que aporrearon á la cocinera y á mi mozo, tratándolos de solapadores de mis asesinatos, la maltrataron toda, haciendo pedazos mis pocos muebles y tirando mis libros y mis botes por el balcón.

El alboroto del pueblo fué tan grande y temible, que el subdelegado se fué á refugiar á las casas curales, desde donde veía la frasca con el cura en el balcón, y el párroco le decía:—No tenga usted miedo, todo el encono es contra el médico. Si estas honras se hicieran con más frecuencia á todos los charlatanes, no habría tanto matasanos en el mundo.

Este fué el fin glorioso que tuvieron mis aventuras de médico. Corrí como una liebre, y con tanta carrera y el mal pasaje que tuvo la mula, en el pueblo de Tlalnepantla se me cayó muerta á los dos días. Era fuerza que lo mal habido tuviera un fin siniestro.

Finalmente, yo vendí allí la silla y la gualdrapa en lo primero que me dieron; tiré la peluca y la golilla en una zanja para no parecer tan ridículo; y á pie y andando con mi capa al hombro y un palo en la mano, llegué á México, donde me pasó lo que leeréis en el capítulo IV de esta verdadera é imponderable historia.

LA QUIJOTITA Y SU PRIMA.

Tomo III. Capítulo I.

En el que se refiere el alegre día de campo que tuvieron todos en la huerta del cura de Tacubaya, y se comienza la triste historia de Carlota de Welster.

Nada le faltó que prevenir al señor cura para que nuestra diversión fuera completa. En los árboles más copados se veían pendientes diferentes objetos que la proporcionaban. En unos había curiosos tableros de damas: en otros bolsas de fichas y naipes para jugar tresillos y otras cosas: en estos, instrumentos músicos, en aquellos, libros de novelitas y poesías; algunos estaban surtidos de barretas de fierro: otros, de pelotas y guantes, para los que quisiesen ejercitar las fuerzas, y en muchos había reatas muy cómodas para diversión del columpio.

Cada uno fué tomando la que más le inclinaba según su edad y su temperamento, de suerte que dentro de media hora ya estaban todos destinados. Por aquí se veían dos jugando á las damas: por allí otros tocando los bandolones y flautas: cuales estaban tirando la barra: cuales jugando á la pelota ó los naipes: ya se encontraba una señora recostada sobre un sofá leyendo un libro: ya otra cantando una aria ó un terceto, mientras las más jóvenes se divertían apedreando los árboles para bajar las frutas sazonadas, ó mecándose en los columpios, ó jugando en los cañitos de agua ó cortando las más fragantes rosas, con que se adornaban el pecho y las cabezas.

Parece que la inocencia y la alegría habían bajado

de los cielos á aquel lugar ameno y delicioso. Yo observé que en un instante las mujeres cortesanas depusieron el aire de etiqueta, y las payitas su natural encogimiento. Todas conversaban, corrían y retozaban alegres y contentas con la mayor familiaridad. Hasta Marantoña, que por razón de novia debía haber estado más acuitada (1) que las otras, andaba con todas saltando como una cabra, y trepándose á los árboles con más ligereza que una ardilla, para tirarles á las niñas los chabacanos más grandes, y las peritas más maduras.

Así permanecieron jugando y divirtiéndose como hasta la una y media del día, á cuya hora mandó poner las mesas el señor cura, y trató de que fueran todos á comer. Fácil es conocer que las muchachas llegaron muy cansadas de retozar, muy coloradas por el sol y el ejercicio, y las más con alguna avería; porque unas llegaban con los tunicos rasgados, otras con los zapatos llenos de lodo, esta con un brazo raspado, aquella con la peineta hecha pedazos; pero todas llenas de risa, sudando y rebosando de alegría por todas partes.

El señor cura las recibió con mucho agrado, y después de que todos nos sentamos á la mesa, decía al coronel: vea V., condiscípulo, cuánto gusto tienen estas niñas y qué contentas han estado. Ciertamente que si todas las señoritas de la ciudad tuvieran proporción de divertirse siquiera cada ocho días de esta manera, padecerían menos flatos é histéricos que los que padecen.

El ejercicio en el campo y entre personas alegres y joviales es mucho más provechoso para la salud y más inocente en lo moral que los bailes, que apadrinan por lícitos muchas personas. Pues, hablo de los bailes en

(1) No hay razón para que las novias se avergüencen ó se acuiten; pero ya lo han hecho costumbre, principalmente las aldeanas.

general, que en lo particular ya sabemos que puede haber bailes donde su junte la honra y el provecho; pero el campo, el campo es el depositario de la alegría, de la salud, de la riqueza y la inocencia.

De esta manera alternaron sus conversaciones ya serias, ya jocosas; pero todas instructivas é inteligibles á aquellos pobres rústicos que nos acompañaban; y luego que se concluyó la comida, dió gracias á Dios el eclesiástico de quien hablamos en el cap. 1.^o fol. 22 del tomo 2.^o, que se llamaba don Jaime: seguimos conversando un poco más por sobremesa, y después fuimos cada uno tomando nuestro sofá ó canapé de los muchos que había debajo de la sombra de los árboles, y nos acostamos á reposar la siesta.

A las cuatro nos sirvieron café y chocolate, y subimos á la vivienda del párroco: allí se aguardó lo más de la comitiva, mientras que el coronel, su esposa, su hija, la familia de doña Eufrosina y yo fuimos á dejar á los novios y sus padres á su casa, después de darle al cura los más justos agradecimientos.

Luego que llegamos á la pobre habitación de estas buenas gentes, le dijo el coronel á Pascual que nada le debía de los veinticinco pesos que le había pedido, y este sencillo labrador le dió mil gracias por tantos favores, sintiendo al mismo tiempo la droga que á su parecer tenía contraída con el cura, y añadía: ya yo estoy vendido y Culás, cuando menos, para dos años, por si por sólo los derechos del casamiento me ha llevado quince pesos el señor cura, ¿cuántos nos llevará por todo el gasto que ha hecho agora?

Nada te llevará, le respondió el coronel, porque todo el gasto ha sido mío, y la disposición ha sido suya, lo que debemos todos agradecer, porque ninguna obligación tenía de hacerlo. Entonces redobló sus expresiones Pascual y todos los suyos, confesándose esclavos del coronel, de su familia y de su cura. El fervor con que prorrumpía aquella buena gente sus

agradecidas expresiones manifestaba que las decían de corazón, y el alegre semblante con que el coronel las escuchaba, daba á entender que estaba satisfecho de su sinceridad: ya se ve que los beneficios que se hacen á los pobres, como que van desnudos de interés, por lo común se perpetúan en sus corazones para el agradecimiento.

En fin, llegó la hora de despedirnos. Todos abrazamos á los novios, y les felicitamos su enlace con las palabras más sencillas; pero Pomposita, acordándose de su genio cortesano pedantesco, dijo á María Antonia: me alegraré de que disfrute V. el amable consorcio de su esposo los años de Nestor y con la paz del tiempo de Augusto César Octaviano. Atónita se quedó la pobre ranchera con esta arenga, que entendió lo mismo que si se la hubieran dicho en griego. Doña Matilde y Prudenciana hicieron por disimular la risa, y, no pudiendo, volvieron los rostros á otro lado y se taparon las bocas con los abanicos: esto lo advirtió la payita, y pensando que se reían de ella, se acortó más y le dijo á su madrina: ¿y agora qué digo yo, porque maldito lo que entiendo á esta niña? Dile que viva mil años, le respondió el coronel. Lo dijo así, se repitieron los abrazos y nos marchamos para la calle.

Cerca de las oraciones de la noche llegamos á las casas curales, donde nos sirvieron el refresco, y concluido, nos despedimos del señor cura y nos regresamos para esta hermosa Capital, adonde llegamos en media hora, acompañados de dos mozos que nos puso Pascual para que cuidasen y volviesen al rancho los caballos.

Entramos en México, paró el coche en la casa de doña Eufrosina, y todos nos apeamos en ella, llevando los mozos los caballos á su destino.

Cuando subimos á la sala encontramos en ella á un joven como de treinta años, muy bien presentado, que había llegado á esta capital esa misma semana, y ha-

bía ido á casa de doña Eufrosina en solicitud del caballero Labin, á quien venía recomendado de la ciudad de Washington de donde era natural, y se llamaba Jacobo Welster.

Este individuo nos captó la voluntad luego que comenzó á platicar y darnos razón de su patria y del fin de su viaje, que era sobre asuntos de comercio. Díjonos que había estado en España largo tiempo, y lo acreditaba con la perfección con que poseía el castellano y con las exactas noticias que daba de la península y especialmente de Madrid. Después de habernos dejado aficionados á su trato fino, y satisfechos de que era un hombre instruído, se despidió con el señor Labin, con quien se retiró, y nosotros hicimos lo mismo, pues estábamos cansados y con deseo de recogernos temprano.

Algunos meses pasaron sin que yo advirtiese nada particular sino la mucha familiaridad que contrajo Welster en la casa de doña Eufrosina, la que cada día se aumentaba con las frecuentes visitas que él hacía con objeto determinado. Este era una joven hermosa llamada Carlota, hermana de Adelaida, y amiga íntima de Eufrosina y de su hija.

Desde luego el amor enredó los corazones de ambos, y por más que hacían uno y otro por disimularle mutuamente su pasión, no podían. Cada vez que concurrían juntos, tenían sin duda un rato muy amargo. Los ojos de Jacobo se encontraban con los de Carlota y se expresaban con demasiada viveza: esta recibía las miradas con agrado; pero en el momento apartaba la vista de su amante, manifestando la mayor indiferencia. De manera que Carlota estaba asegurada de la voluntad de Jacobo; pero este no estaba cierto de la correspondencia de su amada.

Así pasaron como seis meses, hasta que una noche, agitado fuertemente su corazón con la memoria de su adorado objeto, y no pudiendo dormir, comenzó á dar

vuelatas y más vuelatas en la cama, á suspirar y hablar solo con tal tono de voz, que su compañero el señor Labin, temiendo no estuviese enfermo, le preguntó desde su catre ¿qué tenía? Jacobo respondió que nada; pero que no podía dormir. Disimuló entonces y se sosegó por unos cuantos minutos; al cabo de los cuales, volvió á su primera inquietud.

El señor Labin temió que su compañero estuviese para perder el juicio; y como lo quería mucho, trató de ver cómo lo serenaba, haciéndose primero informar de la causa de su aflicción.

Resuelto de esta manera, se levantó, se cubrió con su ropón, se puso sus chinelas, se dirigió á la cama de Jacobo, y sentándose en ella, con el mayor cariño le dijo: Welster amigo, ¿qué tienes? ¿qué te aflige? ¿por qué me disimulas tu cuidado? ¿Tienes algún motivo para desconfiar de mi amistad, ó ya me he hecho indigno de la tuya...? ¿Qué? ¿inclinás la cabeza sobre el pecho? ¿me miras con vergüenza? ¿enmudeces? ¿y las lágrimas destilan de tus ojos? Vamos, Welster: háblame, por tu vida: yo me intereso en tus desventuras tanto como tú mismo: declárate, ensánchate: ¿qué tienes?

Entonces Welster, desarrollando sus sentimientos, de una vez, y apretando la mano del señor Labin contra su pecho, le dijo: ¿qué he de tener amigo, qué he de tener? una rabia, una desesperación, un fuego que me consume el alma. Tengo amor; sí: adoro á una joven hermosa, cuyas recomendables circunstancias han avasallado mi corazón en términos que no soy dueño de mí... Este abatimiento es vergonzoso en un hombre de mi carácter, lo confieso; pero tú eres discreto, sí: tú conoces que no siempre le es muy fácil al hombre el resistir á sus pasiones: muchas veces estas nos dominan y avasallan contra los más poderosos gritos de la razón. En este caso me hallo: compadecedme.

Desgraciado de tí, dijo el señor Labin, si has pen-

sado alguna vez estar exento de las humanas flaquezas. Welster: todos los hombres tenemos nuestras imperfecciones: nadie vive sin delitos, dijo un antiguo, y el mejor hombre es el que tiene menos. El amor es una pasión propia de las almas generosas y sensibles como la tuya. Las virtudes por sí mismas son amables, y cuando se hallan en una mujer hermosa nos parecen aún más atractivas. ¿Qué hay, pues, que extrañar que una criatura de esta haya rendido tu corazón al imperio violento del amor? Lo que debes ahora no es avergonzarte de amar, sino ver si puedes poseer el objeto de tu amor honestamente. ¿Cuál es la señorita que te ha agradado?—Carlota, dijo Jacobo, la hija del comerciante don Tadeo, que concurre á la casa de doña Eufrosina.—¿Y no le has declarado tu pasión?—Mis ojos le han dicho mucho, pero mi lengua nada, pues el ser extranjero me parece que es bastante para que no me corresponda. Sin embargo: ya no puedo sufrir, y pues eres mi amigo verdadero, y me has dicho que cuente contigo para todo, estoy resuelto á declararme. Mañana le he de escribir un billete, tú has de hacer que llegue á sus manos, y que no se quede sin respuesta.

—La empresa es opuesta á mi carácter, pero soy tu amigo, y te he empeñado mi palabra. Duerme ya sin cuidado, que mañana escribirás, y yo haré por que todo se allane.—Con esto se sosegó un poco Welster y se recogieron.

A la mañana siguiente, cuando el señor Labin se levantó, ya tenía Jacobo escrito el billete para su amada, el que puso en manos de su amigo, y éste salió para la calle.

Llegó á casa del coronel, con quien estábamos almorzando, y allí nos contó lo que va referido. Doña Matilde no pudo reprimir su curiosidad, y así rogó al señor Labin que, si no le desmerecía su confianza, y si el billete estaba sin lacre, se lo leyera; porque de-

seaba ver cómo se explicaba Jacobo. El señor Labin condescendió con su ruego, y les leyó el papel, que dedecía de esta manera: *Bella Carlota: yo os amo con pureza: no puedo ya resistir el dulce imperio de vuestros ojos. Decidme si os ofendo, ó si algún día podré esperar que hagáis para siempre venturoso al infeliz Jacobo.*

¡Qué poco escribe! dijo Matilde; pero se explica bien, ¿y V. cómo piensa salir de su cuidado?—Fácilmente, respondió el señor Labin: la señora su hermana de V. tiene mucho arte para todo, y además lleva una amistad muy íntima con Carlota. De ella pienso valerme, y creo que pronto tendremos la respuesta en nuestra mano.

Así fué en efecto. A los dos días volvió el Sr. Labin y nos manifestó la contestación de Carlota concebida en estos términos: *Caballero Welster: una de las virtudes que más me agradan es la ingenuidad y la sencillez. No hay para qué disimular los afectos cuando son inocentes. En esta inteligencia, si V. me ama, está correspondido, y se lograría sin duda nuestro amor con el honroso enlace que V. por su parte facilita; pero por la mía hay dos obstáculos insuperables que lo impiden. Las leyes civiles y eclesiásticas están en nuestra contra. Yo no puedo casarme sin licencia de mi padre, opuesto siempre, no sé por qué motivo, al matrimonio; y menos puedo unirme en este estado con quien no profesa la religión católica. Si V. me ama como dice, haga por allanar estos inconvenientes, y podrá asegurarse de que será suyo el corazón de Carlota.*

—La carta me parece muy bien puesta, dijo Matilde; da á entender que la muchacha no es tonta ni loca, piensa con juicio: pero también es demasiado fácil para corresponder: no parece sino que estaba deseando la ocasión.—Cuando así sea, contestó el coronel, yo no se lo tengo á mal, pues si ella está tan apasionada como él, desearía dar desahogo á su pasión correspondiendo á su amante. No tienen las mujeres menos de-